



CARTAS DESDE EL ALTIPLANO INTERIOR

José M^a Fernández de Henestrosa (PPH)

1. INTRODUCCIÓN
2. QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS
3. MUY QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS
4. FELICIDADES
5. SEMANA SANTA. ABRIL DE 2002
6. A LOS TRES AÑOS DE MI LLEGADA: 23 DE JULIO DE 2003
7. CARTAS DESDE EL ALTIPLANO INTERIOR... AL ATARDECER
20 DE MAYO DE 2004
8. CARTAS DESDE EL ALTIPLANO INTERIOR... AL ATARDECER
29 DE MAYO DE 2004

José Fernandez Henestrosa (PPH), vivió en Bolivia durante más de 30 años, en Qorpa, con los Aymaras, a más de 3.000 metros de altura.

Murió el día 31 de mayo de 2004. después de tres años de una enfermedad progresiva, durante la cual no dejó de escribir sus cartas.

Las cartas de PPH son el resultado de un diálogo entre amigos que ha durado más de 20 años. PPH fue un gran amigo y son muchos quienes se han sentido sus amigos.

En estas cartas se pueden reconocer rasgos de la vida y del atardecer de PPH. Son bastantes los que nos han dicho que desearían seguir dejándose acompañar por ellas.

Introducción. Cartas desde el altiplano interior

En 1983 el fenómeno de El Niño provocó una terrible sequía en el altiplano. Las ONG se movilizaron, con Lucho Alegre a la cabeza, y diseñaron un gran plan para comprar y distribuir las semillas de papa rescatables, antes de que las consumiesen los hambrientos campesinos que las poseían. Se quería salvar la cosecha del año siguiente y las variedades de papa que llevan dos milenios de adaptación a las extremas condiciones climáticas de los 3.800 a los 4.100 m. Además debían conseguir semillas de cereales y otros cultivos aptos para el altiplano, que se podían adquirir en otros lugares. La parroquia de Qorpa era uno de los centros más activos del Plan sequía 83.

Como recién nombrado director regional de Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (IPCA) La Paz, me correspondía organizar con PPH toda la logística del Plan sequía. Hicimos juntos un primer viaje por su extensa parroquia, para hablar con los dirigentes de las comunidades campesinas. Fue un día muy intenso. Visitamos más de una docena de comunidades de Jesús y de San Andrés de Machaca.

Por la noche nos reunimos para la misa y la cena en el comedor-cocina de Qorpa, (si hay algún lugar en el mundo identificado con el espíritu de una persona, ese es el comedor-cocina de Qorpa identificado con el espíritu de PPH). Después del Evangelio, Pepe fue repasando lo vivido aquel día: –¿Te fijaste en Chama, aquella niña que apenas podía bajo el peso del hermanito que cargaba en su aguayo, con qué cariño lo trataba? ¿Y en Qonqo Likiliki, con qué delicadeza y respeto los dirigentes fueron sacando de la reunión a aquel borracho que tanto molestaba? ¿Y las cuatro papas que me regaló la viejita que llevamos en el jeep a Titicani Tacaca?... ¡Eso sí que es el óbolo de la viuda! Y así fue recordando cuatro o cinco escenas más. ¡Y yo, sonso, preocupado con mis semillas y mis dirigentes, no me había enterado de nada! Es como si hubiésemos visto juntos la misma película, pero yo no me hubiese enterado del argumento hasta que Pepe me lo explicó.

¿Qué le dió el pueblo aymara a PPH?

Es ya un tópico decir que los pobres nos evangelizan. Pero el tópico deja de serlo cuando vemos qué efectos ha producido en una persona concreta, PPH, dejarse evangelizar por unos pobres concretos, los aymaras de Jesús de Machaca. Con su generosidad, su amor, su fidelidad, su hospitalidad, sus ganas de vivir, de festejar, de bailar... este pueblo, tan sufrido, le fue transparentando la imagen de Dios. De este Dios encarnado en Jesús de Nazaret, y encarnado en el pueblo aymara, que sufre mucha muerte, pero que vive también y celebra mucha vida. Para Pepe fue un proceso tan largo como la vida oculta de Jesús: 30 años. Tomando una frase de una homilía del P. Kolvenbach, Pepe me hablaba a veces de la diafanía de Dios en el pueblo aymara. Para él era evidente esa transparencia de Dios en los aymaras de su parroquia, una evidencia que, para los que no teníamos unos ojos tan purificados, era bastante dificultosa. En su última carta PPH escribía:

“Creo que la experiencia de la “totalidad” es algo desconcertante. (Recordarán las veces que les he escrito o comentado sobre esta experiencia de la totalidad expresada en ese

“quesito” que me ofrecían al despedirme de una casa y que era el único que tenían, o el refresquito, o el único catre... en una cosa está el “todo” que es todo lo contrario a lo que nos sobra, sino que es lo necesario...). Así, sentirse en el interior, dentro del corazón de una persona que te ha permitido atravesar esa puerta, sin querer te cambia”.

¿Qué le dió PPH al pueblo aymara?

Como decimos en Bolivia, Pepe se “rajó” por la gente de su parroquia. Hizo todo lo que estaba a su alcance para mejorar sus condiciones de vida: creó el CETHA (Centro de educación técnico y humanístico agropecuario), el ESA (Equipo de salud del altiplano), la granja de Qorpa, la quesería, la red de catequistas, de diáconos aymaras, distribuyó innumerables becas... Son muchas obras, para las que contó con muchos buenos colaboradores. Estas realizaciones las hacía de todo corazón, pero como a contrapelo. No era un gran organizador, ni gestor de instituciones. No era ese su carisma, ni creo que por ahí haya ido su mejor contribución al pueblo aymara. Lo mejor que le dió a su gente fue una mirada: mirarla con los ojos de Dios. Y Dios dialogaba con su mirada y Pepe podía ver también la imagen de Dios reflejada en esos ojos increíblemente brillantes de los aymaras. Y esto les hacía sentir su dignidad de personas, de hijos de Dios. Les hacía aflorar lo mejor que había en ellos. Les hacía crecer. Por eso la gente de su parroquia acudía a Qorpa para visitar a PPH, para “echarse de menos”, para sentirse buenos, dignos, amables...

¿Qué nos deja PPH a nosotros, sus amigos?

Hace algo más de tres años PPH tuvo una hemorragia. Su gran amigo y compañero, Mariano, estaba a su lado. En la clínica, cuando ya se había controlado la crisis, Pepe le dijo: – Mariano, esto es cáncer o fibrosis. Las dos enfermedades son mortales, ¿lo aceptamos así?

Con la aceptación de la proximidad de la muerte, Pepe ha tenido un proceso de concentrarse en lo esencial. Han sido tres años de vida pública en otro contexto social y geográfico, muy distinto del de sus treinta años anteriores. Pero con una nueva proximidad a sus aymaras, la proximidad de estar experimentando como ellos que “la muerte era lo más cotidiano”. Y todos los que nos hemos acercado a él, visitándolo, o chateando con él por internet, o leyendo sus cartas, nos dábamos cuenta que estábamos tratando con un verdadero maestro espiritual, un maestro de humanidad.

Pepe nos ha mirado con los ojos de Dios, y ha visto lo mejor que tenemos, ha creído en cada uno de nosotros, ha esperado lo mejor de nosotros y nos ha querido. Y esta mirada nos ha ayudado a creer en nosotros mismos, a tener esperanza y a amarnos un poco más. Y nos ha hecho sentir que vale la pena mirar al mundo, a la gente y a nosotros mismos con unos ojos nuevos, con los ojos de Dios. Por eso, a pesar de su precario y a veces angustioso estado de salud, seguía convocando a tanta gente.

Chateando con él un mes antes de su muerte nos preguntábamos en qué se basa nuestra fe. Y nos contestábamos que a estas alturas de la vida, nuestra fe se basa en la experiencia de haber apostado nuestras vidas por el camino de Jesús de Nazaret y

darnos cuenta de que cada uno de nosotros no puede pensar para sí mismo una vida mejor que la que hemos vivido, que todo lo que he vivido ha sido “lo mejor que me hubiera podido pasar”. Y esto a pesar de que somos conscientes de haber hecho muchas burradas en nuestra vida, de que, como decía San Ignacio, de parte de Dios todo es gracia y de mi parte todo es impedimento.

La vida y la muerte de Pepe han sido una gran lección de aquello que nos escribía dos días antes de su muerte: “vivir amando a la gente es lo único que vale la pena en la vida”

Marcos Recolons

Junio 2004

2. SINTI MUNATA JILATANAKA, KULLAKANAKA (Queridos hermanos y hermanas)

Perdonad un vez más mi retraso en enviaros la carta desde el altiplano interior. Son diversas las razones que me han impedido hacerlo antes. La gran buena nueva de hoy en las pruebas es que ya puedo dejar el oxígeno. Se acabó eso de arrastrar la “trompa”. No devolveré el aparato hasta la próxima revisión del mes que viene, aunque pienso que, definitivamente, no me hará falta. ¡¡Es para disfrutarlo en colores!!!

Me imagino que compartiréis mi alegría con esta buena nueva.

Otro motivo del retraso ha sido pensar en los que abrirán el correo electrónico a la vuelta de vacaciones y no he querido que se encontrasen con otra larga carta del Pepe H... y dijesen: “otro día la leeré”...

Y finalmente, otra razón del retraso es que ya tenía casi escrita la carta con motivo de los 30 años de mi ordenación sacerdotal del día 11 de septiembre. Intentaba comentaros un poco mi historia al servicio de la comunidad como sacerdote, pero los acontecimientos, sorprendidos primero y desconcertantes después, me dejaron “seco”. Cuando empecé a escuchar cómo se utilizaba “el nombre de Dios en vano”, para intentar convencernos de que se puede seguir matando, me sentí desanimado para seguir la carta. Otro día os mandaré los comentarios sobre el sacerdocio.

Jimmy Zalles, desde Bolivia, me expresaba muy bien lo que sentía sobre los últimos acontecimientos:

“Me aterrorizan también ciertas interpretaciones religiosas: ¿Cómo se habla de Dios y al mismo tiempo de venganza en ambos polos de la pelea? Estoy asustado. ¡No comprendo como pretenden que Dios pueda bendecir este odio mutuo y el anquilamiento de sus hijos, en su nombre!”.

Resulta doloroso ver cómo se usa (abusa?) de palabras como solidaridad, en unos, y santidad, en otros, aplicada en algo tan absurdo como el colaborar en la guerra, de justicia para defender la insaciabilidad de unos pocos por tener más, por encima de los demás.

Nadie se atreve a hablar del imperio del Norte, porque dicen que ya pasó de moda el antiamericanismo, ganado a pulso a través de invasiones, derrocamiento de gobiernos, bombas atómicas, prepotencias y arbitrariedades jurídicas y legales ante los tratados ya firmados...

Nadie se atreve a hablar de la manipulación religiosa de los diversos fundamentalismos que empiezan por atemorizar el corazón del pueblo, lo paralizan con la resignación y luego lo inducen a morir por aquellos antes les mataron el corazón.

Los medios de comunicación y políticos famosos nos dicen que debemos ser “egoístas inteligentes”. Es decir, intentan hacernos creer que se puede presentar la verdad conviviendo con la mentira, que se hable de una guerra santa que tiene como premio el

goce de mujeres, mientras sus mujeres concretas están marginadas y vejadas hasta situaciones inhumanas...

Ahora, paso a compartir un poco más las reflexiones de este tiempo infausto que nos están haciendo vivir y que a medida que van pasando los días nos afecta más. Por eso, no encuentro mejor forma de expresar la vivencia de los últimos años que la última carta del altiplano que os escribí. Espero que aun siendo muy densa, no os cansa sino que más bien os dé paz.

Es una carta inspirada en otra de Fernando Manresa, en la que nos invitaba a “caminar por la vida con un corazón misericordioso”, como el de Jesús, y que en la carta yo lo entiendo como caminar con el corazón misericordioso como el que tiene el pueblo, los nuevos crucificados de la tierra. Hoy al releerla, me he sentido invitado a una nueva tarea: describirla de nuevo, pero captando aquí, en la ciudad, en el primer mundo, lo que ustedes y otros me han empezado a revelar a través de su vida de hombres y mujeres que, silenciosamente caminan con un corazón misericordioso, dejándose “afectar” por la vida amenazada y disminuida que van captando. No hace falta vivir en el altiplano exterior –aunque sí que ayuda–, para “ser entrañables”, “tiernos” y “delicados” frente a la vida amenazada, disminuida de nuestros hermanos y hermanas pobres.

Creo que ante la situación violenta en la que nos encontramos, que ha saltado a primer plano a raíz del atentado terrorista a las torres de Nueva York, nos conviene volver los ojos a los innumerables rostros concretos de la gente que sufre y tenerlos muy presentes intentando caminar con un “corazón misericordioso”, como repito muchas veces, en la carta que adjunto.

Una mirada de los crucificados de la tierra, nos llevará, por una parte, a tener unos ojos diferentes con que mirar nuestro mundo, de tal forma que:

Deje de ser normal que nuestra “eficacia” económica tenga que ser conseguida a costa de pobreza, de hambre, de paro o esclavitud de millones de seres humanos.

Deje de ser normal que haya dinero para ir a la Luna o a Marte, para armas, y no haya dinero para acabar con el hambre en el mundo.

Deje de ser normal que se gaste lo que haga falta para buscar cadáveres “de primera”, víctimas de un accidente aéreo..., mientras que no se mueve un dedo para evitar que mueran seres vivos de “tercera”, que viajan por el mar hacinados en una patera mugrienta.

Deje de ser normal esa “sabiduría de Caifás” que siempre llega a la conclusión de que “es mejor que muera un hombre (o un pueblo, o muchos), para que vivan unos pocos que se arrojan la existencia de todo”.

Deje de ser normal que a todo eso, le llamemos convencidos “progreso”. Y se comprende también por qué resulta tan conflictivo Jesús, cuando desenmascara esta “sabiduría”.

En una palabra: deje de ser normal la óptica de los privilegiados y de los poderosos del planeta, por más que asesorada por infinitas bibliotecas o títulos académicos. Deje de ser normal, irracional y justa.

Por otra parte, nos permitirá crecer en humildad y esperanza, aprendiendo de esos pequeños grupos humanos que sufren, y que siguen siendo la encarnación de los bienaventurados. Es decir, pobres, humildes, misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos, de los que lloran y de los que son perseguidos por causa de la justicia.

Que los pobres nos pueden hacer crecer en humanidad, resulta hoy tan absurdo en nuestro mundo... Cómo atrevernos a insinuarlo, a decirlo...

¡Que 2000 años anunciando el evangelio no muestren el menor rasgo de misericordia!

¡Que eso de la guerra es la traducción social de la pena de muerte y la negación de los derechos humanos!

Que siempre se encuentren justificaciones en ambos lados para que los pequeños e indefensos paguen el precio de esta opción por la muerte.

La historia no se nos escapará de las manos mientras sigamos creyendo en la Humanidad.

Un abrazo.

Os quiere.

Pepe H.

3. Sinti munat jilatanakampi, kullakanakampi **(Muy queridos hermanos y hermanas)**

Caminar por la vida con un “corazón misericordioso”, parece ser el talante que hoy se nos pide a los cristianos, el nuevo grado de humanización que nuestro mundo requiere de los hombres y mujeres seguidores de Jesús y de la Buena Nueva esperada por los pobres. Una vez más intentaré compartir esta experiencia desde el altiplano, de forma que los que ya hace tiempo encontraron su propio altiplano, encuentren nueva luz que les ayude en su caminar como seguidores de Jesús.

Hemos recibido en la fe, que el amor de Dios en la historia, se convierte en misericordia. Es decir, que en el tiempo presente, el amor se traduce por misericordia (conmoverse las entrañas ante la vida amenazada y disminuida).

Jesús anduvo por la vida con un “corazón misericordioso” y hoy desde el altiplano me siento invitado a seguirlo con esta forma de vivir.

Hoy no haré un comentario desde la Biblia, por más que una lectura del Evangelio desde esta perspectiva ayude a profundizar y a percibir que Jesús caminó con “un corazón misericordioso”, porque supo ser “obediente” (escuchó) el “corazón misericordioso de su Padre”. Os invito a releer la Palabra de Dios desde aquel texto: “El Señor, el Dios compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel, que conserva la misericordia hasta la milésima generación, que perdona la culpa de los padres en los hijos, nietos y biznietos” (Éxodo 34,6), hasta el texto de la parábola del padre misericordioso de Lc 15.

Esta misma lectura adquiere un significado nuevo desde la convivencia cotidiana con la gente del altiplano e invita a caminar junto a un pueblo que, en un pequeño resto, camina como Jesús, con un “corazón misericordioso”. De la vida de ellos y sobre todo, de ellas, de este “pequeño resto”, me entretendré un poco más para poder expresarme y comunicarme con todos ustedes, en esta tarea de aprender a caminar con un “corazón misericordioso”.

Se me revela un “corazón misericordioso” cada vez que asisto a una reunión de mujeres, a veces solas en sus encuentros en los centros de mujeres, a veces, con sus maridos. Acostumbran a reunirse en grupito entre ellas: si son jóvenes y están embarazadas se sienten protegidas, privilegiadas, aconsejadas y acompañadas por sus compañeros que saben lo que les espera. Si están con sus guaguas de meses, crean a su alrededor un círculo protector que va desde cargárselas a su espalda mientras duermen, hasta darles de mamar las veces que convenga si la guagua se siente insegura. Si las guagua ya son grandecitas, las entretienen con una golosina o un pedacito de pan hasta la hora de comer, compartiendo entre todas. En sus guaguas está la concreción de la vida amenazada y disminuida que configura su persona. Su ser “entrañable” adquiere mil rostros, cada uno de ellos inolvidables.

Se me revela un “corazón misericordioso” viendo a las mujeres, junto a los fogones de su casa, preparar la comida en estos últimos años, en que ha fracasado el cultivo por la sequía y las heladas. En los ejercicios de hace unos años, escribía sobre el segundo

grado de humildad: “Y en la práctica de cada día se traduce en ser delicados con todos, no haciendo el menor mal a nadie, pues estamos enamorados de la Vida. Junto a los pobres lo vamos aprendiendo: haciendo como ellos, surgiendo la vida donde parece que no hay nada, recobrando la vida allí donde está más amenazada, agrupando la vida de las sobras que los ricos van dejando en los márgenes de las ciudades y del campo”.

Párrafo inspirado, viendo un día como una mujer preparaba una sopa con unos ingredientes que cualquiera de nosotros habría echado a la basura. Recobraba la vida de unas minúsculas patatas estropeadas por un gusano, de unas zanahorias y unas hojas de cebolla medio secas. Recogiendo nuestros despojos de nuestro consumismo, nos servía una sopa a su familia y a los amigos que estábamos visitándolos.

Se me revela “un corazón misericordioso”, viendo como las autoridades oriundas de las comunidades, durante su año de dirigentes, dedican todo su tiempo al servicio de su comunidad. Corren de un lado para otro, para lograr que mejoren sus escuelas o colegios, que se atienda bien en sanidad, se arreglen los caminos, se reconcilien sus comunitarios cuando hay peleas, se sientan bien acogidos los visitantes... En el servicio a la vida amenazada y disminuida de sus comunitarios expresan aquello de que hay más alegría en dar que en recibir.

Se me revela un “corazón misericordioso”, en las fiestas de carnaval cuando veo a los comunitarios coger los primeros frutos y los besan, como pidiendo a la Pachamama que sea un año en el que no les falte la siembra y así puedan comer.

Se me revela “un corazón misericordioso”, escuchando las bendiciones de los catequistas antes de las comidas comunitarias. Bendiciones que siempre acaban con un recuerdo de los huérfanos, de las viudas, de los pobres, de los que padecen en las cárceles, de los enfermos, de los que están de viaje o lejos de la familia, de...

Se me revela “un corazón misericordioso”, cuando unos padres de familia numerosa amparan y reciben a los hijos de su cuñada o hermana muerta, doblando a veces el número de la familia.

Se me revela un “corazón misericordioso”, en los comentarios que hacen a la lectura de la pasión o las lágrimas que les caen viendo unas diapositivas o video sobre los sufrimientos de la pasión de Jesús. Se sienten identificados con Jesús.

Se me revela “un corazón misericordioso”, con el trato de la gente con los borrachos que irrumpen en una reunión o en la capilla. Tienen un extraño respeto y condescendencia, lejos de cualquier juicio moral o repulsa condenatoria, por más que interrumpen la buena marcha de la reunión. Siempre habrá quien sepa hacerse cargo de ellos tratándolos con delicadeza (...).

Se me revela “un corazón misericordioso”... como el del Padre, como el de Jesús. Es el que se nos pide en nuestro caminar en un mundo en el que para la mayoría la vida está no sólo disminuida sino amenazada. Caminar junto al pueblo que “vive de milagro”, porque vive del Espíritu de Dios misericordioso, allí donde a la minoría nos parece imposible vivir, allí donde es más sorprendente que vivan con generosidad. Esa es la nueva tarea que se nos ofrece hoy.

Caminar con un “corazón misericordioso” es muchas veces la única forma de defendernos y al mismo tiempo de enfrentarnos a la mentira que nos rodea por todas partes y que a veces ya ha anidado en nuestro corazón. Otras veces, trata de hacernos creer en los grandes discursos políticos o en la propaganda engañosa de los “grandes de este mundo”. Es como si se nos permitiera captar la cotidianidad de la vida desde el reverso de la historia, como si hubiésemos empezado a tener unos ojos desde donde ver y escuchar la realidad. Nos ha invadido, por no decir seducido, una nueva sensibilidad.

Sentirse amado “misericordiosamente” por nuestro Dios y por este pueblo que camina ya con un corazón misericordioso, es la fuente de esta nueva sensibilidad, pues nos permite enfrentar la lucha por la vida desde la ternura y la delicadeza experimentada sobre nosotros. Si no nos hemos sentido amados por alguien, a pesar de nuestro pecado o de nuestra conducta insensible, nuestra vida seguirá anodina y sin esperanza de que todo pueda cambiar. Al sentirnos reconocidos por encima de nuestras apariencias, el pueblo nos permite sacar fuera lo mejor de nosotros mismos, venciendo los miedos y arrancándonos las caretas o antifaces que nos habíamos puesto para nuestra vida en sociedad.

Caminar con “un corazón misericordioso” es caminar sumergidos en la realidad de cada día. Un caminar que nos empuja a cambiar los lugares desde donde “mirar” o “contemplar” nuestro mundo, pues no se tiene la misma mirada si se vive en el centro de las ciudades, en el campo, en los pueblos o en los suburbios.

Una invitación a buscar lugares desde donde “orar y reflexionar”, pues no se contempla y piensa igual desde la catedral, desde la facultad, desde una capilla, o desde una escuelita en el campo.

Una fuerza que nos lanza a una nueva forma de “compartir y de ser solidarios”. Es muy distinto estar siempre los mismos en la mesa en que no falta nada, que sentirse invitado a participar de la cena, del “café y pan” de la casa del pobre en que siempre se espera al amigo o al desconocido que se acercará y necesitará de nuestro compartir. Como decía un amigo, no es lo mismo vivir en medio del pueblo como “submarinos” protegidos de los sufrimientos, cerrados en nuestras ideas y “saberes” y provistos de todo, que vivir como “esponjas” dejándonos empapar de la humanidad que emana de nuestros pueblos y culturas.

Caminar con un “corazón misericordioso”, es “ver y sentir” lo que a la mayoría le pasa desapercibido, los sufrimientos y alegrías de nuestro pueblo, pues los “ojos y los oídos de Dios” se encarnaron en Jesús de Nazaret.

Caminar con “un corazón misericordioso”, es un camino largo, lento y silencioso, como el de Jesús durante sus 30 años en Nazaret, aprendiendo a “ser hombre y a ser Dios de María, de José y de sus vecinos”.

Caminar con un “corazón misericordioso”, es un camino difícil y duro, pues acaba llenando nuestro corazón del sufrimiento y las alegrías de los demás, de los pobres, no dejando cabida a los propios sufrimientos y alegrías. (...) Este fue el caminar de Jesús durante los tres años en que “se hizo uno de tantos”, tomando partido a favor de los pobres y contra los poderosos. Toda la gente cabía en su corazón.

Caminar con un “corazón misericordioso”, es dejarse invadir por la gratuidad, de modo que poco a poco, nuestro “corazón calculador” ante la vida y sobre todo ante los demás, se vaya transformando, de modo que siempre que nos dejemos invadir por la gratuidad, experimentemos la sorpresa de que podemos gozar a la vez de lo pequeño, de lo insignificante, de lo desapercibido para los demás... y al mismo tiempo sentirnos desbordados en nuestra mezquindad y llamados a disfrutar y a amar lo grande, sin cálculos, sin medida, sin importarnos otra cosa que los “rostros concretos” de la gente a la que amamos. La cotidianidad nos permite vivir y amar con ternura y “esplendidez”, rompiendo la mezquindad, el egoísmo, los legalismos, el puritanismo... pues la alegría se ha instalado en nuestro corazón.

Caminar con “un corazón misericordioso”, en un mundo que nos sorprende por su capacidad de engendrar e inventar sufrimiento, nos permite que al tener un corazón enamorado de la vida, –sobre todo de la vida amenazada y disminuida– podamos “luchar y defender” la vida, con una sensibilidad nueva.

Primero, porque “el amante debe estar junto al amado”, con el que poco a poco nos sentiremos empujados a estar junto a los “rostros concretos” del pueblo que sufre en la cotidianidad. Descubrimos que la proximidad al sufrimiento nos cambia y humaniza.

Segundo, porque “la verdad nos hace libres”, y la única verdad que puede vencer a la tremenda mentira del mundo que nos quieren vender los ricos y poderosos, es que la mayoría del pueblo cada vez sufre más y es más pobre. Detrás de cada “grado de bienestar” conseguido o por conseguir que nos muestran las propagandas o discursos, está el sufrimiento de numerosos “rostros concretos” de nuestra gente, que nos indican el verdadero precio que hay que pagar.

Tercero. Porque nos introduce en ese extraño realismo de que la lucha por la vida se debe iniciar desde abajo, desde los que están más disminuidos y amenazados, como camino de vida que a la larga pueda ser de algún modo para todos, y no al revés. Se pretende convencernos de que primero se debe empezar por unos pocos, por los que ya tienen y “saben” –pero que nunca se cansan de tener y “saber más” – y que después, éstos harán posible para todos, lo que nunca acaba de suceder...

Caminar con “un corazón misericordioso” requiere “un corazón orador”, obediente al Dios de la vida y “un corazón solidario” con aquellos a quienes se les quita la vida. Cuanto más próximo sentimos al Dios Padre y Madre de la Vida, más atraídos nos sentiremos a estar próximos a Jesús, presente en los numerosos rostros concretos de nuestro sufrido pueblo. Un mismo Espíritu de amor y de vida nos atrae y nos lanza a vivir amando.

Mandatos como los de Jesús de que “sean misericordiosos como su Padre del cielo es misericordioso”, al principio no los captamos, ni nos dicen nada. Después nos desconciertan por parecernos imposibles, pero finalmente nos atraen, al sentir que responden a los anhelos más profundos de nuestro corazón. Y es que la forma que tiene de amar Dios y alguna gente de nuestro pueblo que nos han invitado o nos permiten vivir con ellos, es lo que he intentado transmitirles en esta carta a través de la vivencia del altiplano.

Una vez más, déjense penetrar por su altiplano, lugar del Dios de la Vida que se ha hecho presente en la gente sencilla, y sentirán por qué he intentado decirles el talante

que hoy se nos pide a los cristianos. El nuevo grado de humanización que nuestro mundo requiere de los hombres y mujeres seguidores de Jesús y de la Buena Nueva esperada por los pobres, pasa por el caminar con “un corazón misericordioso”.

Un abrazo.

Os quiere.

Pepe H

No he resistido copiar esta cita de J.I.González Faus: “Hagamos redención del género humano”. EIDES 21, 1996.

4. FELICIDADES

No puedo negar que este año mi enfermedad tiene mucho que ver con la celebración de la Navidad, puede ser que por el hecho de volver a disfrutar de la vida en alguna cosa tan primaria como es el volver a respirar con toda normalidad, sin ayudas externas.

La carta del 86, mostraba que la vida en pañales, para muchos sabe a poco. No para mí, que sabe a mucho... La preparación del Adviento y las referencias a la no-vida del desierto, de los enfermos que son rejuvenecidos y curados, y de los pobres que son respetados, ayudan a ir al encuentro con el Dios sanador y dador de plenitud de vida. Como si el anuncio de vida en el desierto suene más esperanzador cuando uno quisiera volver a respirar a pleno pulmón.

Y así será, se me invita a esperar.

Quizás pueda, dentro de un tiempo, añadir a las muchas y preciosas imágenes del profeta Isaías sobre el despertar de la vida, las imágenes de que los asmáticos, fibróticos, y otros enfermos del pulmón puedan cantar arias al lado de los tres tenores o correr la maratón de la Olimpiada o la de San Silvestre cada final de año, o batir el guinness de subir mil escaleras en un minuto, subir montañas y desde la cumbre llamar al eco.

La verdad es que me conformo con alguna cosa más sencilla y que cuando os lo explique, espero que os llene de paz y de vida, y poder deciros:

Que de nuevo en mis paseos por el altiplano, pueda perseguir las “llamas” con el jeep por “las pampas de San Andrés”, en mis cotidianos viajes a casa de los comuneros.

Sentarme con ellos para comer y beber. Compartir sus alegrías y sufrimientos. Saborear su sabiduría milenaria. Es decir, dejarme llevar en esta mutua fe y amor por la vida. Será así de bonito!

Hoy me animo a escribiros el anuncio de que la Navidad nos recuerda lo que hace muchos años había predicado en el altiplano. “Vale la pena vivir”, sea de la forma que sea. Navidad es un canto a la vida. Y esto dentro de un mundo en el cual, por cantar a una sola clase de vida muy matizada por la exaltación de la juventud, de una belleza también joven y sin mancha, el resultado es que solamente ésta resulta válida, y que cualquier otra clase de vida que esté un poco emparentada con el sufrimiento, la pobreza o con el paso del tiempo, no es tan digna de ser vivida.

La verdad es que el relato de la Navidad, sobre una vida que empieza y acaba en el extrarradio de una ciudad, no tiene muchas posibilidades de causar atracción en los medios de comunicación de nuestro mundo, y si alguien se atreviera a hacer un spot publicitario, lo señalarían de mal gusto.

A veces creo que lo que nos pasa con la Navidad es que nos asusta el caminar por esta vida que nace en el portal de Belén y acaba en el monte del Calvario. Nos conmueve el nacimiento de un niño en un pesebre, pero sobretudo nos asusta que tenga que acabar en las afueras de la ciudad, muriendo de una forma cruel que está destinada a los que no

eran nada ni nadie, a los esclavos, y por tanto una verdadera atrocidad física y moral. Nos asusta, porque nos cansa ser cristianos, ser seguidores del caminar de Jesús, que nace en un pesebre y muere en una cruz-siempre es una llamada a salir, a descentrarnos, a amar “porque sí”.

Navidad sigue siendo un canto a la vida, en cualquiera de sus manifestaciones. Un canto a la esperanza en la humanidad y en el tremendo futuro de toda vida humana: ser hijos e hijas de Dios. Ninguna vida humana, por más terrible que sea, deja de ser un verdadero canto a la vida. Frase que en estos momentos no está de moda de ninguna manera, y que parece que sólo se puede proclamar en voz baja. Pero vale la pena vivir. Jesús lo ha venido a demostrar.

Navidad será muy diferente para cada uno de nosotros, pues en muchos casos la muerte, la no-vida, el sufrimiento y el dolor han pasado cerca o aun están pasando. En el altiplano casi no ha llovido, algunos han perdido a seres amados o están muy lejos de los suyos, otros aun viven la experiencia de la manipulación de las manifestaciones de los jóvenes en contra de la actual globalización y a favor de la vida; otros se han quedado sin trabajo o hace tiempo que no lo tienen fijo; a otros la enfermedad les ha pasado muy cerca y aun sigue presente; unos viven situaciones que siguen sin tener explicación y otros muchos están cansados de luchar contra los de afuera, pero sobretudo contra los de dentro, por causas en las cuales siempre han creído; unos con tanto sufrimiento físico e inaguantable y otros en condiciones económicas tan mínimas y por tanto tiempo; unos con la soledad interior, y otros sin plata para seguir estudiando... y no obstante, todo esto nos dicen que vale la pena seguir viviendo.

Navidad nos ayuda a sacar de nuestro corazón las reservas del amor que estaban guardadas para una mejor ocasión y volver a superar la realidad de estar “cansados de ser buenos” (tenemos tantas ganas de pensar en nosotros mismos, que los demás se fijen en nosotros, que también sea una fiesta para nosotros y no solamente sea fiesta para los demás...) dejándonos llevar por aquel impulso de “regalar y ser regalo para todos y con todos”. Es importante, a pesar que solo sean unos días, dejarse contagiar por la mansedumbre y las delicadezas del Niño Dios, nacido en un pesebre, siendo muy cercano a los demás. Pudiera ser que nos durase más tiempo.

Por todo esto vale la pena que nos preguntemos, ¿dónde nacerá Jesús este año en cada uno de nosotros? ¿Dónde se escuchará el anuncio de los pastores?

Pero, ¿por qué ha de nacer para cada uno de nosotros? ¿Por qué nos es necesario escuchar el anuncio de los pastores y salir corriendo a su encuentro para confirmarlo? Porque, como les decía en una carta anterior, vivimos esperando. Podría ser solamente, me atrevo a responder, por aquello de las buenas noticias de las cuales el otro día os escribía y que de alguna manera estamos esperando, o aquello que: no es lo mismo vivir esperando a alguien en la vida, o esperando la realización de un acontecimiento, que vivir sin esperar nada ni a nadie.

Y cuando la esperanza se realiza, se salta de gozo, salimos a compartirlo con los que están más cerca, y si no, el teléfono o los e-mails a los amigos y amigas que no paran de enviar mensajes de lo que hemos visto y oído. Todo el mundo debe saberlo.

Acabo deseando que en esta Navidad, os dejéis contagiar por la ternura de Dios cada vez que contempléis una guagua (un bebé). En nuestro mundo necesitamos contagiarnos

de esta forma de amar, que es universal y que la entiende todo el mundo. Creo que de esta manera podremos mostrar la cara más humana de un mundo inhumano que nos pretenden imponer. La verdad es que quisiera poder enviaros una carta diferente a cada uno de vosotros, o mejor, llamaros por teléfono para felicitaros... creo que solamente podré enviaros unas pocas letras y de esta manera poder alargar unos meses más la Navidad.

Un fuerte abrazo.

Os quiere y os recuerda.

Jikinsikama.

Pepe

5. SEMANA SANTA. abril de 2002

Algunos ya habéis tenido ocasión de escucharme en las charlas que he mantenido este año por Cuaresma, en las que dividía mi vida en tres-cuatro etapas y las comparaba con iguales etapas de la vida de Jesús, fruto de una sugerencia que me hizo un gran amigo, indicándome que, como seguidores de Jesús, debemos dejar moldear nuestras vidas, por la de Él, y si es cierto que creemos que Jesús era verdaderamente hombre, todo lo que Él hizo lo podemos hacer cada uno de nosotros, si nos dejamos llevar por el Espíritu que nos ha legado y que está en lo más íntimo de nosotros. Recordad aquello que “si Jesús caminó sobre las aguas, o si resucitó a un muerto, o cualquier otro milagro... es señal que nosotros también podremos hacerlo, y si nosotros no podemos hacerlo, es que no lo hizo, por tanto no hemos entendido qué significa, debiendo buscar su verdadero significado hasta que veamos que nosotros también podemos hacerlo. Esto es lo que significa que fue verdadero hombre, es decir, “uno de tantos” como cualquiera de nosotros”.

El contexto de Semana Santa, el tiempo de Pascua, (Pascua = paso), es un esquema que nos permite reflexionar sobre los diversos pasos de Dios por nuestra vida. O lo que es lo mismo, estos diversos “momentos fuertes”, en los cuales podemos dividir nuestra vida, caracterizados, porque:

- En ellos, un encuentro muy especial ocurrió.
- Podemos decir de nuestra vida que tiene un antes y después de dicho acontecimiento.
- La muerte, en alguna de sus manifestaciones (sufrimiento, dolor, fracaso, angustia, temor, miedos, inseguridades...) se nos hizo presente de una forma muy próxima.
- Marcamos el final de la etapa y el comienzo de una nueva, aunque están precedidos, muchas veces, de un largo tiempo de preparación, y le sigue un tiempo, a veces también largo, de consolidación.

En este relato, el momento fuerte personal que quiero compartir es el del cambio súbito y sorpresivo que he vivido, al dejar el altiplano y venir a Barcelona, motivado por la enfermedad de la fibrosis-pulmonar de origen desconocido.

Es lo central que describiré como el viernes santo.

Pero hay un antes, el jueves santo, y un después en dos etapas, el sábado santo y el nuevo amanecer del domingo de Pascua.

Se me ocurre que quizás os pueda ayudar a comprenderlo mejor el leerlo desde algún momento fuerte de vuestra propia vida.

JUEVES SANTO

En el jueves santo, está expresada resumidamente lo más profundo de esta pequeña historia personal de 30 años paseando por las pampas del altiplano de Machaqa.

Es un relato escrito después de lo vivido el viernes santo, por este motivo el resumen del día a día, después de lo ocurrido el viernes santo, adquiere una densidad especial. Es la fuente del recuerdo, sobre la cual siento que se alimenta mi vida de estos últimos años.

Sobre el recuerdo, sólo algunas ideas leídas y meditadas:

Es lo que da “el sentido a mi existencia”.

Recordar no es hacer la crónica de la propia vida, sino aquello que va poniendo de manifiesto, poco a poco, el sentido que para nosotros tiene ahora lo que entonces había sucedido, y que es vivido por nosotros, ahora, como el punto de partida del sentido de nuestra vida.

Por el recuerdo arrancamos, de lo vivido en el pasado, lo que queremos vivir desde ahora.

Por el recuerdo vamos descubriendo, poco a poco, la línea fundamental de nuestra vida.

Y una sencilla letanía sobre “el recuerdo” vivido en el altiplano:

Recuerdo de un encuentro continuo con Dios y con el pueblo aymara en un contexto único de rostros concretos muy queridos, enmarcados por unas inolvidables noches estrelladas y unas puestas de sol espectaculares de un horizonte inmenso.

Recuerdo que está resumido muchas veces, que sólo se recuerda aquello que se ha “vivido amando”, aquello que se ha hecho con amor, en estas miles de relaciones tan variadas y diversas durante estos largos años paseando por las pampas del altiplano.

Recuerdo con el que tantas veces he resumido mi vida como “un pasear por las pampas”, sintiéndome acogido por un pueblo libre, con una historia llena de sabiduría y una ternura infinita.

Recuerdo que ante tanta muerte, la vida está para darla.

Recuerdo que la vida es servir “a los pies de nuestros hermanos y hermanas”, por más años que necesitemos para aprender, que el único servicio que vale la pena es el que se nos pide. Por eso el tiempo indefinido para aprender a escuchar y aprender a responder.

Servicio que puede ser: limpiar los pies (aún que sea una sola vez y a sólo una pequeña parte de ellos y ellas) después de la larga marcha histórica en la que te han dejado participar.

Recuerdo de tantos rostros concretos de los cuales uno desea “encontrarse a faltar”, pues con ellos y ellas la vida ha sonreído, ha llorado, ha resurgido, ha crecido, se ha transparentado, ha brotado, ha muerto, ha paseado...

Recuerdo de tantos encuentros, algunos de ellos les podríamos llamar “el encuentro”, por lo recibido y compartido con aquella persona...

Recuerdo de tantos eventos vividos, tan llenos de lo mejor de la vida: la sorpresa, la energía, la imaginación, la creatividad, la reciprocidad, la generosidad, la obsesión por lo imposible, la ternura, la solidaridad, la fuerza conjunta, la delicadeza, el resultado obtenido que parecía un sueño, la obra bien hecha y milagrosamente acabada, el silencio tan hablado y la soledad tan acompañada...

Recuerdo de un mismo Espíritu que nos permite, como el ojo tiende a la luz, reconocer la verdad que hace libre, la belleza que cautiva, la ternura que todo lo impregna, la fiesta que todo lo contagia, la misericordia que revuelve nuestras entrañas, la sabiduría que todo lo aclara.

Jueves santo, es el día de estar juntos “fiambrejant” (fiambreando) al anochecer de la jornada.

“Acullican (acogiendo) con la coca y el alcoholcito” el encuentro, la visita, la reunión... “partiendo el pan” en la mesa donde siempre hay un plato más para compartir y en la casa que siempre tiene sus puertas abiertas al que viene.

VIERNES SANTO

Me he sentido arrancado de la realidad en la cual vivía.

Es la noche en su momento más profundo. Realidad que se vive normalmente de golpe, súbitamente, por más que otras muchas veces pueda haber venido precedida de un tiempo en el cual se la veía venir.

Hay noches que son más largas que otras. Se nota que se alargan más de lo esperado...

Escribía en una de las cartas del altiplano que os envié: son noches en las cuales ya no sabemos si son los mismos hombres que nos oscurecen el horizonte, o es lo inexplicable, lo irracional, lo inesperado. ¡Qué fuerte es, cuando lo invisible, nos destruye! ¡A veces no sabemos bien cómo ha empezado! (¡Todo ha ocurrido tan rápidamente!).

La muerte tiene mil caras a través de las cuales se nos hace presente. Sus representantes se nos van acercando a través de mil maneras de sufrimiento y dolor.

El miedo acostumbra a ser su acompañante, que se nos introduce poco a poco, pues parece que le gusta mostrarnos caminos llenos de incertidumbres, o más concretamente, caminos acabados contra los cuales no hay nada que hacer. El peso de la amenaza siempre ronda, por más que se la “adorne” con palabras estudiadas y correctas.

Lo nunca esperado de repente ha ocurrido y se ha hecho presente. Como un mazazo.

Es tremendamente personal e incommunicable.

Ni preguntas se dan, si no es la única ¿Por qué?

Como si todo hubiera sido un sueño.

Todo el mundo sobra, por más que les necesitamos más que nunca.

Es la noche.

SÁBADO SANTO

Es un tiempo muy próximo al viernes, pues uno se ha quedado sin “saber nada”. Todo ha cambiado tanto en la vida, que ahora sí, son más las preguntas que las respuestas.

Es un tiempo con signos de miedo, de ganas de llorar por cualquier cosa, de desconcierto, de desgana...

Se tiene la sensación que me la han jugado, me han engañado...

Un tiempo en el que no es fácil distinguir lo que es la esperanza o lo que es un sencillo consolarse en la imaginación del recuerdo.

Pero el recuerdo ya no es fuente de vida, como el del jueves santo, sino sólo una añoranza en la cual entretenerse pensando en lo que ha sido la Vida y que veces me distrae.

Y uno cree y a la vez no cree.

Creo porque mi historia ha sido intensa y ha tocado las fibras más íntimas, de manera que es lo mejor que me podía haber pasado.

Pero no creo porque esta historia ya no se tiene presente, ya no se toca aquello que era la fuente de vida.

Son de aquellos momentos en los cuales estos días comentaba en la homilía de M. Magdalena, que no se sabe nada, en que “no sé donde b han puesto”... y lo que me ocurre a mí en estos momentos es muy semejante por la cantidad de nombres concretos de los cuales me he sentido arrebatado, que por un lado me hacen ver lo bello que ha sido poder amarlos de la forma que los he amado y amo, es muy difícil comprenderlo.

Y sigo esperando que pronuncien mi nombre como Jesús pronunció el de María...

Y sigo esperando a poder comprender donde sonará, y si cuando suene me dejará tan lleno de vida como cuando María lo escuchó.

Y me sorprende que a veces me abate con tan poca fe, pero quizás es debido al hecho de saber cómo vivirlo para saber cómo traducirlo, comunicarlo y anunciarlo.

Y la verdad es que si siento lo que ocurrió hace 40 años, con la muerte de la mamá, de manera que pude vivirlo tan festivamente y me cambió tanto, ahora me intriga, me entra la curiosidad de cómo será esta vez y cómo podré comunicarlo para que otros puedan tener su propia pascua después del viernes santo que han tenido.

Es la temporada de “tendrías, sería necesario hacer tal o tal cosa...”, pero por más claro que lo vea y lo empiece a hacer, se arrastra una pereza que raya lo metafísico, es decir, la totalidad. Y se van dejando las cosas para otro día, con lo que cada día se tiene más vergüenza de que no hago nada y que disfruto de unas condiciones de vida envidiable.

Es un tiempo en el cual, a pesar de, se sigue buscando, pues cuando uno ha experimentado que la Vida hasta ahora le ha acompañado, es decir, que la Vida ha salido a su encuentro y lo ha encontrado, ya no es posible vivir sin seguir buscándola. Pero es una especie de búsqueda de tanteo por sí... No se puede renunciar solamente así, por más que a veces uno sienta que es una búsqueda imposible. Se espera, sin saber, a veces, porqué se espera, si todo ha cambiado, si la realidad está rota.

El fondo del sábado santo es una búsqueda, pero lo que se busca no está donde lo buscamos. Cuando se ha vivido la Vida intensamente, compartidamente, cuando parece que la Vida ya lo ha dado todo de sí, todas las otras cosas que te sugieren son como sucedáneos (imitaciones, y ojalá no sean vulgares imitaciones), que como máximo entretienen, pero que se pueden comparar con la Vida vivida y compartida.

DOMINGO DE PASCUA

El Resucitado es el Crucificado.

Recordad lo que escribía en aquella carta de la noche:

“Y es en la profundidad de esta noche que el pobre, el niño, el pequeño, se nos hace presente en nuestras vidas. ¡De ellos empieza a surgir aquel extraño resplandor de “la luna y las estrellas”!

¡De ellos, de quienes parece que la única cosa que les sobra es el sufrimiento, nos llega la luz!

¡De ellos, a quienes tantos les llaman analfabetos, es de quien escuchamos pronunciar con afecto nuestro propio nombre!

¡De ellos, que están cansados, de quien recibimos la mano que nos ayuda a levantar y a seguir caminando!

Nos cuesta creerlo.

Nos cuesta creer que de ellos nos pueda venir la luz de la esperanza y el respiro en medio de tanto cansancio.

Tal vez sólo en esta noche hemos empezado a comprender que pasaron por nuestro lado cargados de sufrimiento, y aun así nos tendieron la mano.

Crearon en nosotros nuevas esperanzas de futuro, al pedirnos lo inesperado, lo que nunca pensábamos que íbamos a poder dar, lo más nuestro: nuestra propia persona.

Sus palabras o sus silencios nos mostraron que les habíamos creado esperanzas y que no podíamos fallarles. Nuestro mundo, en sus labios, nos confirmaba y nos identificaba en nuestro más interior.

Parecía que no se cansaban de escucharnos y de hacer propia nuestra noche (¡ellos que saben tanto de sufrimiento y de muerte!).”

Una lectura de estos párrafos como provenientes de cada uno de nosotros, es la que me permite deciros que:

El nuevo altiplano exterior comienza a hacerse presente, por más que a veces sólo lo vea como en sombras y como alguna cosa que se va gestando.

Pero sin duda que de momento desde el altiplano interior de cada uno de ustedes, donde está:

El niño o la niña, que cada uno lleva dentro y nos llama por nuestro nombre; el pobre que sin saber cómo os permite darse siempre en miles de detalles; el pequeño o la pequeña que sabe sonreírme y darme la mano mientras se me acerca... sí, de vosotros me llega esta nueva luz de la vida que está por estrenar a mis 62 años.

Para acabar y quizás comprender un poco más esta carta y no dejaros con la sensación de que estoy en baja forma, sólo quería deciros que el camino de la fe y la firme esperanza en el Dios de la vida hacen que el momento que estoy viviendo sólo lo aprecie como que solamente estoy en camino para llegar a vivir festivamente, que esto de que por la fibrosis pulmonar ideopática me haya sentido arrancado del altiplano, “es lo mejor que me podía haber pasado”. Creo que si vivo el día a día con sencillez y dejándome llevar por la vida que viene de cada uno de vosotros, os lo podré anunciar.

Acabo por hoy.

Gracias una vez más por acompañarme en este caminar.

Un fuerte abrazo.

Pepe H

6. A LOS TRES AÑOS de mi llegada: 23 DE julio, 2003

En los momentos más difíciles, al principio de mi caminar por el altiplano, en un tiempo en el cual vivíamos muchos conflictos, un gran amigo me invitó a leer el capítulo 45 de Jeremías, que en su último verso dice: “Te daré la vida como botín vayas donde vayas” (Biblia de Jerusalén), “Guardaras la vida como premio, vayas donde vayas” (Biblia Latinoamericana).

Y este amigo me invitaba a creérmelo. Y lo creí. Y así ha sido el altiplano para mí, una escuela de continuas sorpresas delante de la vida que se me ofrecía. Pues bien, en estos momentos lo sigo creyendo y estos días han sido como una gran fuente de vida.

En la historia desde julio hasta ahora, lo que no se puede negar y lo que permanece igual, es que la vida sigue estando presente vaya donde vaya. Es esta maravilla de la vida prometida que siempre me ha acompañado. La verdad es que resulta extraordinario lo que me va ocurriendo, de modo que me permite seguir viviendo en unos momentos en que la salud va siguiendo un rumbo de mínimos. Lo cotidiano tiene su encanto.

La vivencia de la vida en lo cuantitativo o en lo cualitativo, aún cuando en otros momentos ya la había vivido, ahora me permite apreciar que lo cualitativo con su calidad, o como dicen ahora, su calidez, adquiere una dimensión especial.

Tal vez no pueda gozar como antes de tantas situaciones en las que el clamor de la vida me llamaba a participar y a luchar para que surgiese o se mantuviese, pero sí puedo seguir gozando en estas pocas voces que se me presentan.

Puede ayudaros a entender lo anterior el pensar que si las parroquias de Machaqa eran como diez veces más extensas o cinco veces más pobladas que esta del Pueblo Seco, aquí, en el fondo, no cambia el

– que los rostros concretos de la gente, siempre, o los de cada vez más amigos y amigas, sean rostros concretos;

– que en catalán, castellano o aymara, siga escuchando cómo me saludan con mi nombre y a la vez vayan aprendiendo los suyos;

– que pueda ir descubriendo los caminos de celebrar y orar juntos que tiene la gente, a los cuales, aquí como allí, me invitan; allí muchas veces eran celebraciones al aire libre en plena pampa, o en variedad de templos, y muchas veces en Qurpa lo hacíamos sentados en el comedor o en nuestra pequeña capillita; aquí son celebraciones en un templo muy acogedor, los domingos en la celebración de la comunidad, y los días laborables también sentados en la capillita, ya que las fuerzas físicas no es lo que más nos sobra.

– que este profundo deseo de solidaridad que se vive tan naturalmente, aquí y allá, me contagie y me impulse a acompañarlos en esta nueva realidad.

– que, cada vez más, las puertas puedan estar más abiertas a todos, sobretodo las de los locales parroquiales y de la comunidad sj, haciendo sentir que es la casa de todos y de todas.

– que siga teniendo encuentros con nuevos y viejos amigos y amigas.

.....

Es decir, nada cambia, ya que mientras haya una sola persona, hay vida en abundancia.

Es sorprendente cómo pasan los días rápidamente...

A ratos me parece que la esperanza (esperar lo que no se ve = esperar el poder pasear por las pampas) y que las expectativas (lo que se puede deducir de las pruebas y del tratamiento) se convierte en un juego difícil de entender y compaginar (el partido en el cual sólo se nos pide jugar... Como si fuese un juego, en el que la enfermedad me fuera arrinconando cada vez más a niveles más primarios). Por eso, es curioso como no dudo que mi esperanza de Bolivia (“pasear por las pampas”) siga firme, por más que a la vez se me presenta sin paliativos la degradación de mi salud. Es un caminar curioso, ya que no me atrevo a explicar los pasos concretos del proceso de curación, de vida, pero no puedo dejar de esperar que se dará.

En resumen, que me encontraba muy igual a lo que durante estos años (el 23 de marzo cumplo tres años de la llegada) he estado compartiendo con vosotros en estas cartas.

Acabo por hoy, ya que me he alargado mucho y me da una cierta vergüenza. Perdonad.

Un fuerte abrazo.

Pepe H.

NOTA: “ Al atardecer”... había escrito un poco sobre este añadido al de “Cartas desde el altiplano”... pero ya en la siguiente os contaré este cambio.

7. CARTAS DESDE EL ALTIPLANO INTERIOR... AL ATARDECER

20 de mayo de 2004

Sinti munat jilatanakampi, kullakanakampi (Muy queridos hermanos y hermanas).

De nuevo un rato con vosotros en un tiempo en el que el proceso de salud-enfermedad en el que estoy metido ha entrado en un ritmo especial. Procuraré ponerlos al día tal como lo he ido intentando durante estos ya más de tres años que se inició. No es fácil en estos momentos poder ser objetivo, ya que depende mucho de cómo ha sido el día y de cómo lo he pasado, pero como ya saben por otras cartas prefiero ir expresándome tal como la vida va viniendo. Y además, como podréis ver por lo que quiero ponerlos al día, hay circunstancias que hacen pensar que sea la última carta desde el altiplano interior que escriba, y otras, en las que será una más. Son momentos especiales que os comparto.

El proceso de deterioro externo ha seguido fuerte, de tal manera que ahora me encuentro ingresado en la enfermería que los jesuitas catalanes tiene en la localidad de Sant Cugat del Vallès, a unos 20 kms. de la ciudad, en la antigua facultad de Filosofía y Teología, en donde viví los tres años de filósofo (62-65) y donde estudié al regreso de Bolivia la teología (68-72), un lugar lleno de historia y recuerdos, y además con el regalo de un trato y cuidado exquisitos de parte de las enfermeras que nos cuidan.

Desde la última carta de marzo, poco a poco, iba sintiendo que los problemas respiratorios se iban agudizando –a pesar de que estoy con la trompa de oxígeno las 24 horas– aunque en el primer mes y medio di más importancia a la hepatitis que, a base de un régimen muy fuerte de reposo, y sobre todo de dieta, quedó curada, según los análisis que me hicieron. Fue un tiempo en el que casi no salí de casa, excepto por las tardes, para celebrar la misa en la capilla que está debajo de mi casa. Y como la decía sentado, no suponía ningún esfuerzo. Ya los domingos algo más, aunque como me ayudaba un compañero también resultaba asequible. Pero ya el domingo 2 de mayo, empecé a notar que el esfuerzo que requería era bastante grande. De ahí fui a ver al médico, que me recomendó que necesitaba un cuidado cercano e intensivo –en un primer momento dijo de una semana a 10 días...– a la vez que me iniciaría un tratamiento intensivo de cortisona para ver si se podía atacar la inflamación pulmonar, con lo que me trasladé a Sant Cugat. Y aquí la bajada ha sido en picado, de tal manera que desde el segundo día ya no me pude levantar, pues cualquier mínimo esfuerzo me produce un bajón grande en la saturación de oxígeno en la sangre, con el consiguiente peligro de que pudiera darse un paro respiratorio. Por ahora el tratamiento no da resultados, habrá que esperar un poco más.

En días posteriores he podido alternar la cama con el sillón de la habitación, aunque ayer lo volví a pasar en la cama. Hoy, en cambio, vuelvo a sentirme mejor y por eso puedo estar un rato charlando con vosotros.

Ya por algunas notas directas o indirectas, orales o escritas, os habrá llegado lo que a muchos he comentado, en el sentido de que, si lo de ahora no manifestaba mejoría, se

estaba iniciando el principio del final, y que poco a poco se podría más o menos calcularlo en base a la perdida capacidad de respiración y de asimilación del esfuerzo... de ahí que a algunos amigos que van a venir por aquí les mandaba decir que si no se apuraban ya no me encontrarían. De ahí que los primeros días de estancia por aquí tuve, y aún a ratos tengo, la impresión de que sí ha comenzado el principio del final, aunque aún me doy un plazo más largo de posibilidad de reacción a la cortisona e iniciar un nuevo proceso de recuperación, (curiosa capacidad la que tenemos de no rendirnos tan fácilmente a lo que incluso se presenta como tan evidente...). No es fácil establecer plazos, pero por lo que voy captando y relacionando, veremos hasta fin de mes lo de si la cortisona hace efectos, y si no, como máximo otro mes, pero directamente no se animan a concretarlo.

El nuevo tratamiento de interferon 300 desde el Valle de Hebrón ha quedado suspendido, ya que en la actual situación de crisis no reúno las condiciones para ser admitido en este nuevo protocolo... queda una puerta abierta a través de otro conducto que se inicia en Bolivia y que me lo han ofrecido...

Internamente, me estoy moviendo en ese proceso en el que distinguir entre “expectativas” (todo aquello que se puede deducir o proyectar: datos objetivos sobre conocimientos de la enfermedad, sobre otros casos, sobre tratamientos realizados...) y “esperanzas”, (lo que se cree –por tanto no se ve– lo que parece imposible = una virgen o una anciana será madre, una montaña se trasladará de lugar, el león y el cordero... y tantos otros cantos de los profetas...). Y este proceso hace que en muchos ratos lo viva desconcertadamente, pues en muchos momentos las expectativas cada vez se van achicando más y más y como si me dijeran que deje de soñar y que sea realista ante la evidencia del hecho tan constatable de cada día respiro peor. Y sin embargo hay otros ratos en los que no dudo que “volveré a pasear por las pampas” –expresión que resume sensible y simbólicamente mi esperanza de lo que es la vida plena–. Así, se pueden imaginar cómo hay días en que mi forma de expresarme es muy bruta para los que me escuchan, en el sentido que les manifiesto que “esto se acaba”, y que aprendamos a hacer el conteo atrás, y otros momentos en los que puedo decir que aún espero poder ir a bañarme al mar este verano.

Con todo esto, me imagino que aquellos a los que les toca vivir cerca este caminar a ratos lo deben pasar mal, pues las expectativas que los “que saben” (médicos, enfermeras...) les van comunicando no son muy optimistas, más bien lo contrario; y sólo a ratos les queda que externamente tengo una apariencia muy saludable (la mascarilla del oxígeno al principio impacta), que de momento no tengo signos fuertes de dolor y que la forma como me expreso no es la de un moribundo.

En resumen, esta carta, y lo que en ella voy escribiendo, se va moviendo en esta cambiante situación entre los frutos de las expectativas y de la esperanza; es decir, en unos momentos me expreso como el de la cuenta atrás y otros, como si estuviera para iniciarse. Me confío a vosotros, que sabréis leerme así y que no os cansaréis de lo que os comparto.

Una manera de entender este caminar nace de la comprensión de Dios como “unidad originaria de vida y de muerte en provecho de la Vida”, a partir de esta frase de la tesis de teología de mi compañero boliviano Manuel Hurtado sj. que en el fondo te hace vivir cómo la vida y la muerte siempre caminan juntas, pero siempre en provecho de la vida; es decir, más sencillamente, a pesar de la muerte, se sigue creyendo en la vida como lo

que queda, lo que vence, lo que gana la partida. Es una de esas frases que ayudan a leer y resumir nuestra historia, mi historia por el altiplano durante estos años paseando por sus pampas. Una historia llena de mucha muerte y de mucha vida, de muchos finales y de muchos inicios de nuevos caminos, de mucho sufrimiento y llanto, pero llena de fiesta y profundas alegrías, de muchos temores, miedos e incertidumbres, llena de paz, confianzas y certezas impagables...

La verdad es que el gran regalo de haber podido vivir dentro de un pueblo como el aymara, el seguimiento de Jesús, expresado como lo del dar la vida, –el morir– para lograr la vida para los demás, se contempla ahora como un privilegio, un regalo. De haber podido vivir en una comunidad durante tanto tiempo, en la que era más fácil pensar en los demás, que en las propias cosas, a pesar de las contradicciones e incoherencias personales y comunitarias. Y es que el regalo de estar en un horizonte en el que “el vivir amando” (= “el vivir muriendo”), era lo que quería, por más que la realidad estuviera rodeada de ambigüedades, de incoherencias, de inconsecuencias, de errores, pero sobretodo de situaciones de muerte para aquellas personas a las que más se las quería servir... llega a marcar definitivamente.

Traduciendo lo de dar la vida (lo de morir para que otros tengan vida) un poco a la vida de cada uno de estos días en los que se palpa la muerte biológica, resulta algo sencillo e incluso casi trivial, pues todo lo vivido anteriormente pesa y llena completamente.

El año pasado, en la carta de Semana Santa, les decía que estaba en ese proceso de poder llegar a vivir que lo que me estaba pasando llegara a ser “lo mejor que me hubiera podido pasar”, pues era la forma concreta en la que se me presentaba que el seguimiento de Jesús se completara en mi vida. Pasar por la muerte que Jesús ha asumido es la mejor forma de ser plenamente humanos en un mundo tan inhumano.

La verdad es que siento que no puedo llegar a expresarme como quisiera, para decirles que si lo de pasear (y respirar) por las pampas ha sido tan fantástico, lo de ahora de estar sin poder moverme y sin casi poder respirar, es algo también fantástico en su sencillez y en la paz que producen.

Bueno, por hoy les dejo. Espero poder seguir compartiendo. Se pueden imaginar que lo del “tumpasiniña” está mucho más presente que en otros momentos, pues se lo vive como el gran regalo de la vida que sois cada uno de vosotros y vosotras.

Un gran abrazo.

Hasta la próxima.

Les quiere mucho.

Pepe H

8. CARTAS DESDE EL ALTIPLANO INTERIOR... AL ATARDECER

29 de mayo de 2004

Sinti munat jilatanakampi, kullakanakampi (Muy queridos hermanos y hermanas).

De nuevo un rato con ustedes tratando de comentar este primer tiempo en Sant Cugat. Perdonen el desorden.

El horizonte sigue siendo el de la anterior carta desde el altiplano interior, ese extraño equilibrio entre los datos de la realidad médica y los de la esperanza. Y la verdad es que no es fácil sacar conclusiones, sobretodo porque hay días y días. Sigo, por supuesto, con el oxígeno las 24 horas del día, pero ahora he pasado de los 6 litros por minuto a los 10 litros, lo que significa que estoy con el máximo que da el aparato. En la oxigenación también he bajado. Son ya pocos los días en que dejo la cama para pasar al sillón, pues no me conviene hacer esfuerzos; pero gracias a una genial enfermera me hacen “reflexo” en los pies y piernas, con lo que me dejan muy relajado. Hay días en que he superado las aceleraciones de las palpitaciones ante los esfuerzos, con lo que me hace sentir mucho mejor. Gracias a Dios, estoy durmiendo bien y estamos probando caminos de calmantes, de cara a lo que pudiera ocurrir. Es decir, los datos no son optimistas, pero el deterioro no es aún demasiado acelerado. He podido volver a tener la primera sesión de acupuntura, y espero poder seguir las.

En el otro aspecto, más de estado de ánimo, ahí es donde esta experiencia está resultando increíblemente sorprendente. Intentaré comunicarlo en lo posible a partir del día a día.

Una primera experiencia fue la del sábado 22, con los compañeros de mi comunidad jesuita de Sant Pere Claver. Les había pedido celebrar el sacramento de la unción de los enfermos, y con ellos también a la gente que venía esos primeros días por aquí. Nos reunimos unos 30, entre jesuitas, familia y amigos. Quizá hubiera tenido que esperar unos días más, pero necesitaba que esta etapa tuviera mínimamente en su inicio algo festivo. La verdad es que los catalanes no es que sean muy fiesteros, pero tienen esa otra forma de transmitir cercanía: la ternura con gestos y miradas que lo inundan todo.

La celebración es algo muy sencillo, que se viene a reducir a que le ponen las manos en la cabeza, como deseando que en estos momentos uno pueda ser signo externo de que cree que la vida es lo mejor que existe. Es decir, como si fuera un sacramento=un signo, no tanto para mí, sino para la comunidad, los amigos y amigas, en el sentido de que vivir amando a la gente es lo único que vale la pena en la vida. Repito lo del otro día, aquello de “lo mejor que me hubiera podido pasar”, en unos momentos en los que pienso que sí, creo que vale ser contagioso en el aprecio por la vida, precisamente cuando pareciera o parece que me la estuvieran quitando. Y una fiesta es lo mejor que hay para irradiar y contagiar la vida, (la verdad es que hasta ahora no es que estemos muy acostumbrados a invitar a los amigos a una fiesta para celebrar que uno se está muriendo...).

Hoy, precisamente, he recibido un regalo muy grande. Me han enviado una frase de Paco Cuervo con quien, en el noviciado, fuimos profundamente amigos, y del que también en mi primer mes del altiplano recibí una carta que me marcó esos 30 años de pasear por las pampas.

Dice Paco: “¿No será la muerte el umbral estrecho que hay que atravesar y que desemboca, impensablemente, en el interior de todo?”.

La verdad es que me ha hecho presente miles de momentos vividos en el altiplano en los que, sin saber cómo, me sentía introducido en el corazón de la gente o sentía que el corazón de la gente se introducía en el mío y “todo” se transformaba. Si la muerte es esa forma tan especial de amar (ese umbral estrecho...) y uno ha tenido la suerte de vivir cómo la muerte era lo más cotidiano para la mayoría de la gente, de pronto se iban sucediendo encuentros en los que la gente te abría ese umbral, esa puerta, para que entraras en su interior. Creo que la experiencia de “la totalidad” es algo desconcertante (recordarán las veces que les he escrito o comentado sobre esta experiencia de la totalidad expresada en ese “quesito” que me ofrecían al despedirme de una casa y que era el único que tenían... o el refresquito, o el único catre... en una cosa está el “todo” que es todo lo contrario a lo que nos sobra, sino que es lo necesario...). Así, sentirse en el interior, dentro del corazón de una persona que te ha permitido atravesar esa puerta, sin querer te cambia. Y de ahí, que en este comentario (tan no sé qué que está saliendo...) me atreva a decirles con toda sencillez que algunita vez algunos habrán experimentado que mi propia forma de quererles, de llevarles en mi corazón, tenía algo de especial por más que lleváramos mucho tiempo sin vernos o por más que en la mayoría de los momentos no lo manifestara con demasiadas palabras (en esto los aymaras y los catalanes nos parecemos mucho). Un poco me refiero a lo de antes: hay gente que te ama de una manera cómo nunca te has sentido amado y te empuja a hacerlo con los demás. Ha sido sin duda el gran regalo de las pampas.

Mucho me ha enredado, pero creo que me sirve para decirles que, expresado de esta manera o no sé cómo, es la experiencia de estos días en Sant Cugat con el cariño que me expresaban al venir a verme, al llamarme por teléfono, al mandarme sus letras de tantas maneras, al enviarme sus saludos. El Gracias surge muy de dentro, por más que con la dificultad del cansancio que me produce el hablar, no lo pueda expresar estos días como quisiera, pero me imagino que les llega igualmente y con toda esa totalidad que me pasaron los aymaras y la gente de las comunidades.

Por hoy les voy a dejar. La verdad es que siguen habiendo cosas que en los silencios de estos días siguen resonando en mi interior, como por ejemplo cómo desde una enfermedad como la mía, en la que me miman tanto y no me falta nada, se puede compartir “el dolor de nuestro mundo”, no sólo el que nos pasa la tele, sino el de la mayoría de la humanidad que si algo se puede decir de ellas es que le sobra sufrimiento.

Espero seguir otro rato...

Hasta ahora. Estos días sí me sale mucho más de dentro que les quiero mucho.

Pepe H

**Misa en recuerdo de nuestro querido hermano Pepe H.
que marchó al Padre el 31 de mayo de 2004**

"Estar con quien nadie quiere estar

Estar donde nadie quiere estar

Estar como nadie quiere estar"

(Pepe H., Cochabamba, Bolivia, 2 de julio de 1999)

“– Hay aspectos de la vida que se captan mejor a través del sentimiento que de la sola razón. Nacer de nuevo, al sentir que estamos en el corazón de otra persona. La fuerza de sentir a los demás en el corazón que nos empuja a salir de nosotros.

– Apropiarse, como la mejor forma de servir a los otros desde el respeto a su libertad, pero no en el sentido negativo de sustraer, de absorber, de quitar, sino de hacer propio, de asumir, de sumar. Lo más nuestro está también en los otros y lo más de los otros está también en nosotros: se abre un camino de relaciones sorprendente.

– En este movimiento del tumpasiniña está la explicación del porqué no me gusta que me llamen padre, pues entorpece la tarea de ser hermano de todos a la que estoy llamado. Los títulos ponen barreras, nos alejan del corazón de la persona. Esta fraternidad universal a la que estamos llamados, como dice un amigo, Pedro Trigo, está por encima de todos los otros lazos. Y si queremos anteponer títulos habría que decir hermano padre, hermana madre, hermana profesora, hermano obispo, hermana excelentísima ministro, hermano sirviente, hermano ingeniero... pero como esto complicaría mucho las cosas, es mejor seguir el consejo de Jesús, de no anteponer títulos, pues además, a la larga, uno les da tanta importancia que acaba por dejar la tarea más importante: la de aprender a ser hermanos y hermanas.”

(...)

“Busquen su altiplano, estén donde estén. Búsquenlo con esos ojos nuevos, allí en donde a los ojos de los demás parezca que no hay vida, en las afueras, en el desierto, en los márgenes... y quédense por un tiempo. Un día vendrá ALGUIEN a echarse de menos de ustedes. Invítenlo a cenar y se quedará para siempre en su corazón.”

(“Cartas desde el altiplano interior”, 1 de septiembre de 2001)

© *Cristianisme i Justícia* – Roger de Llúria 13 – 08010 Barcelona

T: 93 317 23 38 – Fax: 93 317 10 94 – info@espinal.com – www.fespinal.com

Octubre 2005